

POR UN POPULISMO DE IZQUIERDA

de Chantal Mouffe,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, 128 pp.

CRISTIAN ACOSTA OLAYA

Universidad Nacional de San Martín (Argentina).

El más reciente libro de Chantal Mouffe empieza con una advertencia: su texto es una intervención política que, desde su misma «naturaleza partisana» (p. 23), precisa de algunas consideraciones teóricas para ser entendido cabalmente. En este sentido, la politóloga belga divide *Por un populismo de izquierda* en cuatro capítulos y un anexo teórico. En el primer apartado –titulado «El momento populista»–, Mouffe considera a la coyuntura política y económica actual como una crisis de la hegemonía neoliberal vigente durante los últimos treinta años. Esta crisis, sin embargo, no ha traído consigo la emancipación de la sociedad contemporánea –especialmente, la de Europa Occidental, hacia donde dirigen la mayoría de sus reflexiones–. Al contrario, dice la autora, lo que se puede presenciar hoy en día es el aprovechamiento de aquella crisis por parte de los «populismos de derecha»,

movimientos políticos signados por valores xenófobos y reaccionarios. Esto no significa, empero, que el *interregnum* que abre la crisis neoliberal no sea también una gran oportunidad para constituir un «populismo de izquierda», entendiendo por tal la construcción de un «pueblo» a partir del establecimiento de una frontera política en contra de «la oligarquía» o de «la casta».

«Para aprender del thatcherismo» es el título provocador del segundo capítulo del libro. Este apartado es un conglomerado de disquisiciones acerca de la forma en que Margaret Thatcher supo aprovechar la crisis del Estado de bienestar de Gran Bretaña en la década de los setenta y de cómo esta exmandataria construyó una concepción hegemónica de la política en tanto «convergencia al centro». Esta obra del thatcherismo trajo como consecuencia la reducción de la beligerancia de los par-

tidos socialdemócratas cuyo epítome sería la famosa «tercera vía» de Tony Blair.

Por otra parte, y de manera similar a lo propuesto en 1985 de la mano de Ernesto Laclau —en *Hegemonía y estrategia socialista*—, el tercer capítulo del libro de Mouffe se titula «Para radicalizar la democracia». A grandes rasgos, este apartado propone rescatar la conjunción —diluida, según Mouffe, por el neoliberalismo— entre liberalismo y democracia. De esta manera, para la construcción de un «pueblo» de izquierda, es necesario rescatar radicalmente los valores de libertad, igualdad y justicia social, pero manteniéndose dentro de los márgenes de las formas políticas liberales. Así, descartando un llamado a hacer la «revolución», entendida como la implementación de nuevos principios de legitimidad (p. 67), Mouffe considera al moderno Estado-nación no como un instrumento de clase sino como el terreno primordial en el que se libran las luchas entre proyectos hegemónicos diferentes. Esto implica, por cierto, la defensa de los mecanismos existentes de democracia representativa pero otorgándoles un rol emancipador, a partir de lo cual la autora invalida las propuestas —para ella, inviables— de democracia directa o de realizar elecciones por medio de la insaculación.

En «La construcción de un pueblo», cuarto y último capítulo del libro, Mouffe retomará algunos de los postulados más célebres de Laclau sobre el fenómeno po-

pulista. En efecto, como ya lo había advertido la autora belga, el populismo no es un «régimen político» —y agregamos nosotros, tampoco es un «estilo político»— sino que es la construcción de un «pueblo»; el primer paso en la construcción de aquel «pueblo» consiste en configurar también un adversario frente al cual establecer una frontera política. Este trazado de una frontera permite la articulación equivalencial de las demandas populares insatisfechas que, actualmente, reproduce la crisis del neoliberalismo. Para que este proceso sea «de izquierda», al decir de Mouffe, resulta indispensable la construcción de un «nosotros», ciudadanos democráticos, contra un «ellos», que convirtió a la ciudadanía en «contribuyentes» y que articuló la idea de libertad a la de «libertad de mercados» (p. 90). Asimismo, dice Mouffe, la construcción de aquel «pueblo» debe tener un principio articulador que muchas veces está encarnado en un líder o un símbolo que representa la lucha común y, por ende, la radicalización de la democracia. Este principio articulador particular —la del líder— reafirma el carácter libidinal de la política en contraposición a concepciones racionalistas y consensuales de la misma. Finalmente, en el anexo teórico, Mouffe sintetiza sus posturas y presupuestos analíticos sobre los que viene trabajando desde hace varias décadas: la inexistencia de la plenitud de lo social, la constitución

precaria y nunca completa de las identidades políticas y la necesidad de un «antagonismo» para configurar un proyecto hegemónico. Todo esto desemboca, según Mouffe, en la necesidad de instituir un proyecto populista de izquierda defendiendo los presupuestos de agonismo político que la autora postuló en obras anteriores como *La paradójica democrática* (2000) y *En torno a lo político* (2007).

Ahora bien, es importante destacar que el último libro de Mouffe, al buscar ser una intervención política, deja varias de sus planteos teóricos en el tintero. En otras palabras: la argumentación que, casi de manifiesto, impregna el texto va en detrimento de los recursos analíticos que la autora utiliza para darle sustento teórico a su postura política. Aquí nos enfocaremos solamente en lo que se refiere a las reflexiones hechas sobre el fenómeno populista. Al respecto, mencionaremos tres cuestiones del libro que, a nuestro parecer, son pasibles de cuestionamiento:

I. Retomando explícitamente muchos de los postulados de Ernesto Laclau, Mouffe considera al populismo como la construcción de un «pueblo», de una voluntad colectiva que se configura a partir de demandas y afectos comunes contra un adversario que encarna un *statu quo* determinado. Esta definición, ciertamente, evoca la elaborada por el mismo Laclau en 1978, donde el populismo constituye

una forma discursiva de presentación de las interpelaciones popular-democráticas respecto a una ideología dominante. Al ser pensado allí el populismo como una forma, el signo político del fenómeno populista –su contenido– podía ser tanto de izquierda como de derecha. De esta manera, la autora belga considera al populismo de derecha como aquel que se constituye a partir de rasgos xenófobos, nacionalistas y de libre mercado. En cambio, el populismo de izquierda se articula sobre los valores de la igualdad y la justicia social. Esto significa que los populismos de derecha pueden ser entendidos en los mismos términos –como lo sugirió Laclau en a fines de los años setenta– que el fascismo.

Lo anterior trae consigo un problema mayor, el de equiparar dos tipos de lógicas políticas identitarias divergentes: populismo y fascismo; y decimos diferentes porque si ambas lógicas políticas suponen la construcción de un «pueblo», el procesamiento del adversario es totalmente diferente en cada una de ellas. Retomando el ejemplo presente de los Estados Unidos, sugerido por la misma Mouffe (p. 107), el surgimiento de un «populismo de derecha» tiene allí la pretensión de erradicar a su alteridad del espacio comunitario (los inmigrantes, por ejemplo). En este sentido, nos preguntamos, ¿la lógica política de Trump puede ser equiparada de manera tan autoevidente a la «estrategia populista de izquierda» de Bernie Sanders?

¿Qué elementos pueden realmente compartir ambas experiencias?

II. A nuestro parecer, Mouffe insiste en concebir toda construcción de un pueblo como un ejercicio necesariamente populista, equivalencial y, de paso, imprecador del *estabilsment*. En otras palabras: si el fenómeno populista es una construcción de pueblo como voluntad general, y la hegemonía –en términos gramscianos– es precisamente la constitución de dicha voluntad, Mouffe termina usando la misma sinonimia populismo-hegemonía en la que cayó Laclau en su obra de 2005, *La razón populista*. Así, enarbolar al populismo como la forma de la política *tout court* implica transformar el concepto en una herramienta –como dice Mouffe– «partisana». Dicho sin ambages: antes de ayudar a comprender al populismo, por ejemplo, como una forma entre otras más de constituir identidades políticas, la intervención política que realiza la autora hace parte de un tendencia reciente en la academia latinoamericana abocada a usar al populismo como una categoría militante.

III. Por otra parte, el rescate de la dimensión libidinal de la acción política no es un detalle menor en el libro de Mouffe. La dimensión afectiva se convierte en un argumento utilizado no sólo

para desterrar de su propuesta política el dilema reforma-revolución sino también para sugerir el necesario rol que ocupa el líder para condensar las demandas y los afectos democráticos. Ciertamente, la construcción de un «pueblo» propuesta por Mouffe conlleva no solamente el respeto a la institución del Estado como escenario clave para la lucha política, sino que además implica que un líder –o un «símbolo», sin que este sea definido– se convierta en el principio articulador para poder conectar en una cadena equivalencial la multiplicidad de demandas que conforman una voluntad colectiva.

Para Mouffe, «no hay motivo para equiparar el liderazgo fuerte con el autoritarismo»; sin embargo, la pensadora belga destaca que en los populismos «de derecha» la relación entre líder y pueblo es una de tipo autoritaria, porque «todo proviene de arriba sin una participación real de las bases» (p. 95). Es sabido que la importancia del líder para los procesos populistas fue resaltada por Laclau en antes mencionada de 2005. Las críticas a estas posturas claramente han sido múltiples; algunas de estas críticas, bastante recientes, hacen referencia al error de Laclau por atribuirle un carácter equivalencial y expansivo a toda identidad política y su necesaria convergencia en una demanda o personaje político¹. Sin embargo, fueron Emilio De Ípola y Juan Carlos

1] Estas críticas se pueden encontrar en el texto Gerardo ABOY CARLÉS y Julián MELO (2015).

Portantiero ([1981] 1989) los primeros que le marcaron a Laclau ciertos riesgos autoritarios y poco pluralistas del populismo. Si para de Ípola y Portantiero el populismo es una construcción de una voluntad colectiva que toma elementos «nacional-populares» y los transforma en beneficio del orden «nacional-estatal», la construcción de las masas populares en sujeto por parte de los «populismos realmente existentes» sucedía simultáneamente con la subordinación de dicho sujeto al Estado corporizado y fetichizado en la persona del «jefe carismático» (1989: 30), «enalteciendo la semejanza sobre la diferencia, la unanimidad sobre el disenso» (1989: 29). En este orden de ideas, si para Chantal Mouffe hay una conexión directa entre el populismo de izquierda y un proyecto emancipador, para De Ípola y Portantiero, este proyecto tiende a capturar la «voluntad colectiva nacional-popular» por parte del Estado en manos de un líder que, «cuya palabra decisiva» soslaya la construcción pluralista del poder (1989: 30).

Compartiendo algunas de las consideraciones de de Ípola y Portantiero, creemos

que si el proyecto político que Mouffe está exaltando tiene potencialidades autoritarias y que la autora remarca para los fenómenos populistas de derecha (el verticalismo, por ejemplo), la aceptación de dichas potencialidades puede ayudar también a redefinir la misma apuesta «partisana» del libro. De otra manera, obliterar las consecuencias negativas de la propia propuesta política convierte al texto de Mouffe en un manifiesto cómodo y sólo para consumo de conversos.

Al inicio de *Por un populismo de izquierda* la politóloga belga afirma: «Quisiera dejar en claro desde el comienzo que no pretendo añadir otra contribución al campo ya pletórico de «estudios sobre el populismo», y que no tengo ninguna intención de entrar en el estéril debate académico sobre la «verdadera naturaleza» del populismo» (p. 23). Sin embargo, este libro sólo contribuye a hacer aún más pletórico y estéril el debate que desea esquivar. Así, de nuevo, creemos que la reivindicación partisana de los populismos de izquierda va en detrimento de la aprehensión analítica del fenómeno populista como tal.